

el mismo tiempo llevó al Papa un embajador del sultán Bayaceto el hierro de la lanza de la pasión, sacado del tesoro de las reliquias de que se apoderó Mahomet II cuando la conquista de Constantinopla. Acompañado el Papa de todo el clero, fue á recibirle en procesion con la solemnidad mas pomposa, y le trasladó con igual aparato á la iglesia del Vaticano, donde se ha conservado siempre con mucho respeto. Sin embargo, está en disputa la autenticidad de esta reliquia, y son varias las iglesias que pretenden poseerla, sucediendo lo mismo con el rótulo de la cruz, el cual se creía que estaba en Tolosa mucho tiempo antes del descubrimiento hecho en Roma. Esta ha sido la suerte general de todas las reliquias de la santa humanidad del Salvador: de donde inferiremos prácticamente, que estando seguros, como lo estamos, de poseer á Jesucristo todo entero en la Eucaristía, debemos recurrir á este manantial inagotable de toda gracia y de toda virtud, y abstenernos de unas discusiones y disputas que son casi siempre perjudiciales á la caridad, y muchas veces á la sencillez de la fe.

5. El dia 25 de Julio de 1492 murió en Roma el Papa Inocencio VIII, á los sesenta años de edad y ocho de Pontificado, despues de haber recibido los sacramentos con afectos estraordinarios de piedad, y con particulares demostraciones de desprecio en órden á las grandezas frágiles del siglo. Con su espíritu de equidad y de conciliacion habia restablecido y consolidado de tal manera la paz de Italia, que, segun

dice Guicciardino, no era fácil imaginar cómo podia suceder que llegase á interrumpirse. Pero el carácter de su sucesor dió la solucion de este problema. En el Pontificado de Rodrigo de Borja, que sucedió á Inocencio el dia 11 de Agosto de 1492, y tomó el nombre de Alejandro VI, se vió afligida la iglesia romana como en los tiempos de mayor calamidad, y fue tanto mas sensible su oprobio, quanto menos acostumbrados estaban todos á ver entronizada la disolucion en la Silla de Pedro.

6. Ascendió Borja al Pontificado, segun dicen muchos autores, por la via sacrilega de la simonia, pagando desde luego en dinero el voto de ciertos cardenales, cediendo á otros el gran número de oficios y beneficios que él tenia, y lisongeando la codicia, la ambicion y todas las pasiones de aquellos prelados, cuyas esperanzas no dejaron de salir muy fallidas. No se detuvieron en su culpable eleccion, ni por el temor de Dios, ni por la consideracion del respeto y decencia pública; pero fueron castigados con la ingratitude y perfidia de este Pontífice, el cual les quitó mucho mas de lo que les habia dado. Pero pasemos rápidamente por esta entrada á la dignidad pontificia, pues por mas odioso que sea este primer rasgo de Borja elevado á la Silla apostólica, apenas es capaz de fijar la atencion en la pintura de un Sumo Pontífice que reconocia públicamente una hija y cuatro hijos, y está desacreditado en las historias de España (1). Vivía con Lucrecia Vanosia, madre de ellos,

(1) *Onuphr. vit. Alex. VI.*

como si fuese muger propia, no obstante que estaba casada con Domingo Arimano, uno de los grandes de Roma. Colocó á todos estos hijos odiosos á espensas de la santa Sede, y los enriqueció, faltando á la buena fe, á la justicia, á todas las leyes divinas y humanas, y prodigando la sangre de los grandes y de sus propios cardenales. El que mas delitos le obligó á cometer fue César, su hijo segundo, el mas ambicioso, cruel y abominable de cuantos hombres han existido.

Obtuvo César al principio la dignidad de cardinal; dejó luego el estado eclesiástico, y fue duque del Valentinesado. Luis, que era el primogénito, fue duque de Gandía, murió sin hijos, y tuvo por sucesor en este ducado á su hermano Juan, abuelo de San Francisco de Borja. De este modo dispuso Dios que de un tronco infecto saliese la virtud mas pura. Los autores de la vida de este santo general de los jesuitas, debieron parar aquí la consideracion, y tener presente que la historia sagrada no admite otra nobleza que la que se funda en la virtud; bien que si hemos de confesar la verdad, Alejandro VI no era de la familia de los Borjas, sino por parte de su madre Isabel, hermana de Calisto III, cuyo nombre y armas tomó por concesion del Papa su tio. Tuvo por padre á Gofredo de Lenzoli, oriundo de una familia noble y antigua del reino de Valencia. Todos los historiadores conceden á Alejandro VI un talento singular, y un valor poco comun (1): cualidades que podian

(1) *Petr. Mart. ep. 118.*

formar de él un gran Papa; pero fueron armas funestas en manos de un furioso. Dicen que la noticia de su eleccion hizo derramar lágrimas á Fernando, Rey de Nápoles; Príncipe que tenia mucha esperiencia, y por lo mismo previó todas las calamidades que amenazaban á Italia. Como historiador me he visto precisado á pintar á este Papa con sus colores naturales, ya por no faltar á la verdad, y ya tambien por hablar las menos veces que me sea posible de un asunto que necesariamente ha de afligir á los verdaderos fieles (*).

7. Dió principio á su reinado Alejandro VI, haciendo concebir unas esperanzas bastante lisongeras. Se valió de su capacidad y de su firmeza de ánimo para asegurar la tranquilidad pública, y contener las muertes violentas y los robos. Mostró tambien no poca afabilidad, moderacion y equidad, y publicó unos decretos muy acertados, así para la administracion de justicia, como por el alivio de los pueblos. Pero no duró mucho esta ilusion, pues á la quietud de Italia, que poco antes se miraba como imperturbable, sucedieron rápidamente las turbulencias, el

(*) Grandes son los vicios y escesos que se imputan á este Papa, si se cree á los protestantes y aun á algunos historiadores católicos, aparecerá uno de los hombres mas criminales que han existido en el mundo. Pero muchos de estos enexos están en verdad exagerados, y algunos, como dice el mismo Natal Alejandro que nada malo le disimula, son de todo punto fabulosos. Véanse las notas al cap. 2 lib. 26 de la Historia de Mariana, y Escolano Historia de Valencia lib. 6 cap. 23.

trastorno y todos los desórdenes. Luis Sforzia, tutor, ó por mejor decir, opresor de su sobrino Juan Galeazzo, duque de Milán, fue el que encendió el fuego de la discordia; pero halló en el Papa cuanta facilidad podia apetecer para estenderla y fomentarla.

Poco satisfecho Luis con tener eternamente en tutela á su sobrino, sin embargo de que estaba casado y tenia dos hijos, pensaba en quitarle el título y la autoridad de duque (1). La duquesa, nieta del Rey de Nápoles, imploró con las mayores instancias el auxilio de su abuelo. Al principio representó Fernando á Luis con los términos mas comedidos, que teniendo ya el duque la edad señalada por las leyes, y además de esto, dos hijos que aseguraban la sucesion, no podia haber ningun obstáculo para confiarle el gobierno del ducado. Lo prometió Luis, y solo pidió tiempo para convocar los estados del Milanésado, á fin de dar cuenta de su tutela; pero aprovechándose de esta dilacion, tomó dinero á crédito, levantó tropas, puso las plazas en estado de defensa, é hizo todos los preparativos necesarios para consumir su usurpacion. Hallándose el napolitano sin fuerzas para castigar una mala fe tan manifiesta, recurrió á otras potencias, dirigiéndose desde luego al Papa. Aunque no habia pasado todavía un año desde la elevacion de Alejandro VI á la santa Sede, era ya demasiado conocido el grande interés que tomaba en el establecimiento de sus hijos: y habiéndole prometido el Rey de Nápoles que les daria los primeros feudos que

(1) *Guich. l. 1. = Comin. t. 5. p. 400. &c.*

vacasen en su reino, concedió el Papa todo lo que se le pedia.

Recurrió tambien Fernando á Pedro de Médicis, que acababa de heredar el poder y autoridad que habia adquirido entre los florentinos su padre Lorenzo (1). Digno hijo del gran Pedro de Médicis, primero de este nombre, y de Lucrecia Tornabonni, la cual estaba dotada de unas cualidades no menos eminentes; despues de haberse libertado Lorenzo del golpe fatal en que pereció su hermano Julian, habia triunfado de todos los enemigos de su casa por el afecto que le profesaba el pueblo de Florencia, y habia sido declarado gefe de la república. Acabó de hacerse dueño de los corazones con su generosidad, con la nobleza de sus pensamientos y de sus modales, con el lustre que constantemente procuró dar al estado, con su celo por los progresos de las artes y de las letras, y por el asilo y proteccion que concedió á los ilustres personajes que habian experimentado los rigores de la adversa fortuna, y á los sábios de su siglo, mereciendo ser mirado generalmente como protector de todos ellos. Se concilió el aprecio y la confianza de todos los Príncipes de Europa, los cuales le eligieron no pocas veces por árbitro de sus diferencias. Para darle el sultan Bayaceto una prueba de su amistad, le entregó uno de los asesinos de su hermano Julian, que se habia refugiado á Constantinopla. Habiendo

(1) *Ang. Pol. ep. l. 5. = Marchiav. hist. guichard. Paul. Jov. Elog. l. 3. c. penult.*

recibido del Rey de Egipto desde lo mas remoto de la Etiopia, donde está el nacimiento del Nilo, un camaleopardo, animal tan extraordinario que no se habia visto otro desde el tiempo de los antiguos romanos, se le regaló en testimonio de lo mucho que le estimaba. Lorenzo habia sido siempre benéfico, buen amigo, liberal y magnífico, pero voluptuoso, y aun llegó á sospechase si tenia poca religion. La proximidad de la muerte y la asistencia del célebre dominico Gerónimo de Savonarola, despertaron en él tan perfectamente los principios de la fe, que murió con grande edificacion, llorando hasta el último aliento los extravíos de su juventud. No tenia mas de cuarenta y cuatro años, y además de Pedro, el cual le sucedió, dejó otro hijo llamado Juan, que despues fue Papa con nombre de Leon X.

Pedro de Médicis habia heredado el poder, mas no el talento y capacidad de su padre. Al principio desechó unas proposiciones que se dirigian á hacer que se declarase contra Luis, con el cual acababa de unirse contra los venecianos; pero no desmayó por esto el Rey de Nápoles. Estaba casado Pedro de Médicis con una hija de Virginio de Ursinis, y éste, además de deber muchos favores al Rey Fernando, tenia un imperio prodigioso sobre su yerno. Logró Virginio persuadirle que los pactos concertados con Luis no debian detenerle en las circunstancias presentes, que los que se le proponian eran infinitamente mas ventajosos, y sobre todo que no llegarían á traslucirse jamás, ó por lo menos hasta que las

tropas de Nápoles estuviesen reunidas con las de Florencia. Sin embargo, Luis, que era sumamente desconfiado y astuto, y uno de los hombres mas taimados de su tiempo, tuvo arte para descubrir este misterio.

Como todos los Príncipes cristianos, y en especial los de Italia, iban ó enviaban á felicitar, segun costumbre, al Papa Alejandro por su exaltacion al Pontificado, mientras que Pedro de Médicis no pensaba en otra cosa que en ostentar su fausto y riquezas, y su orador Scipion de Arezzo trataba solamente de arrebatarse la palma de la elocuencia á su competidor Saunarazo, el intrigante Luis convertia sus sospechas en certidumbre, y urdia la trama con que habia de enredar al Papa en tales términos que se declase á su favor. Acababa de comprar Virginio de Ursinis, sin noticia del Pontífice, un territorio considerable con título de principado, dependiente de la santa Sede; y para su pago habia suministrado el Rey de Nápoles la suma de cuarenta mil escudos de oro, que no equivalia á la renta ó producto que dejaban en dos años aquellas posesiones. No se ocultó á Luis la utilidad que podia sacar de este incidente, tratando con un Papa que no perdia ocasion de enriquecer á su familia; pero cuando fue introducido en la audiencia, se contentó, como hombre sagáz, con presentar el cebo, haciendo los cumplimientos de estilo, y le vistió con unos colores propios para que se mirase como efecto de celo la codicia del Pontífice. Le espuso que la conducta de Virginio era

esencialmente ofensiva de los derechos de la santa Sede: que el Rey de Nápoles, que le habia suministrado los cuarenta mil escudos, era mucho mas culpable que el mismo Virginio; que en todas ocasiones manifestaba aquel Rey su ódio á la casa de Borja, y que si se toleraba semejante injuria, el Papa, su familia y toda la iglesia romana estaban amenazados de los mayores peligros. El cardenal Ascanio, hermano de Luis y muy querido del Pontífice, apoyó fuertemente este discurso, y concluyó proponiendo una nueva liga contra la de Fernando y los florentinos; en una palabra, de tal manera se hicieron dueños de la voluntad del Papa, que la liga quedó resuelta al momento.

Entretanto el Rey de Nápoles no cesaba de solicitar la amistad del Papa, y para conseguirla, hizo que le entregase Virginio de Ursinis el principado que habia adquirido con dinero del Rey. Con esto perdió Fernando los cuarenta mil escudos de oro, y además dió á Virginio posesiones del mismo valor y título en la provincia de la Pulla. Pero se estendian á mucho mas las miras de Alejandro VI, pues aspiraba á que el mayor de sus nepotes se casase con una de las hijas del Rey. Este es el hilo que debe seguirse para esplicar la conducta del Papa con respecto á los franceses, á quienes comprometió en la guerra de Nápoles, valiéndose luego de todo su poder para impedir la, y evitar las consecuencias que podian resultar de ella. Lejos de querer favorecer á esta nacion, de la cual se mostró siempre enemigo, es probable

que solo pretendia alarmar al napolitano, para facilitar así el logro de su intento.

Como quiera que sea, volvió á coligarse con Luis Sforzia, y ámbos á dos de comun acuerdo enviaron embajadores á Francia, para sondear las disposiciones de aquella corte, y escitar al Rey Carlos VIII á emprender la conquista de Nápoles. Brizonnet y Vese eran entonces los grandes favoritos del Rey: Vese, hombre despreciable, habia ascendido desde los mas viles oficios de la guardaropa del Delfin, hasta las dignidades de sumiller de corps y senescal de Beaucaire; y Brizonnet, desde presidente de la cámara ó tribunal de cuentas, á ministro de hacienda, aunque revestido del carácter eclesiástico. Para obligarlos á entrar en la trama italiana, se prometió á éste un capelo, y á aquel un principado en el reino de Nápoles. A pesar de la resistencia del consejo, el cual no pudo menos de desaprobar una espedicion tan arriesgada, les fue muy fácil conseguir que se decidiese á favor de ella el Rey Carlos, ya porque le estimulaba el deseo de gloria, y ya tambien porque se creía con mejor derecho que Fernando á los estados de Nápoles.

Antes de entrar el Rey en campaña, envió negociadores á Italia para tomar conocimiento de sus varias potencias, para facilitar el paso de las tropas, y para asegurar los víveres, municiones y demás objetos indispensables en una guerra cuyo teatro estaba tan distante. Se habia anticipado el Rey de Nápoles por lo que hace al Papa, concediéndole en fin, para uno de sus hijos llamado Gofredo Borja, una hija

natural del duque de Calábria, con el principado de Squilace en dote, una pension de diez mil escudos, y el pago del gasto que hiciese una compañía de cien soldados. Alejandro, siempre pronto á recibir, aceptó la Princesa y el principado, pero sin querer entrar abiertamente en ninguna liga: por cuyo medio se libertaba de todo contratiempo, lograba la ventaja de acomodarse al curso de los sucesos, y estaba en disposicion de aprovecharse de todas las ocasiones que se presentasen para enriquecer á su familia. Gobernándose por estos principios, dió al embajador francés unas respuestas vagas y equívocas. Aparentó imparcialidad, y despues de haber sido el principal instrumento para que el Rey se resolviese á declarar la guerra, dijo que queria observar una neutralidad exacta. El embajador le ofreció beneficios en Francia para el hijo á quien pensaba hacer cardenal, y diferentes posesiones para los otros. Pero no se esplicó mas el Pontífice; y decidido únicamente á entregarse al que mas ofreciese, iba ganando tiempo para oír y examinar las varias ofertas.

Viendo el Rey de Nápoles que no podia contar con esta proteccion, y habiendo agotado inútilmente los demás recursos de su política para alejar la tempestad que le amenazaba, experimentó de improviso tan gran conmocion de terror, que le sobrevino una apoplejía, y murió á 25 de Enero de 1494. Aunque este Príncipe no dejaba de tener prudencia y sagacidad, parece que en los treinta y seis años que duró su reinado, se propuso gobernar como tirano mas

bien que como Rey; y así se dice que desde la muerte de Nerón no hubo otra menos sentida que la suya. Su hijo primogénito Alfonso, duque de Calábria, era por lo menos tan aborrecido como él de sus vasallos, y sin embargo le dejaron tomar posesion del reino, esperando que fuesen á darles libertad los franceses, cuyo auxilio habian implorado secretamente. Consiguió la investidura del Papa, mediante la cesion de dos principados, cada uno de treinta mil escudos de renta, y la manutencion de dos compañías de soldados, de cien hombres cada una, para los hijos del Pontífice, Juan y Gofredo, y pingües beneficios para César, que era todavía cardenal. Se desentendió el Papa de las pretensiones contrarias de Carlos VIII, y con una conducta que seria inesplicable en cualquiera otro hombre que no fuese Alejandro VI, al mismo tiempo que enviaba á su sobrino Juan de Borja á coronar á Alfonso, levantaba tropas para hacer guerra á este Príncipe, de acuerdo con Luis, y daba el mando de ellas á Próspero Colonna, adicto al partido de Francia (1). Sin embargo, no bastó el favor pontificio para sostener al nuevo Rey contra el ódio general de los napolitanos; y viéndolos este Príncipe mucho mas dispuestos á abandonarle, y tal vez á entregarle al enemigo, que á tomar su defensa, se consternó de tal manera, á pesar del valor que habia mostrado en mil ocasiones, y especialmente en la conquista de Otranto, que renunció la corona á favor del Príncipe Fernando su hijo.

(1) *Guich. l. 1.*